

RUSIA EN ORIENTE MEDIO: CÓMO GESTIONAR UNA INTRINCADA RUTA

Maxim A. Suchkov

En septiembre de 2015, Moscú sentó un importante precedente para su política exterior al decidir lanzar una operación a gran escala fuera de lo que considera su «patio trasero».

En los últimos años, Moscú ya había aumentado su actividad en Oriente Medio, pero la decisión de atacar Siria a finales de septiembre y primeros de octubre fue una sorpresa para muchos. El Kremlin ha utilizado sus operaciones aéreas y de bombardeo (realizadas con armamento poco sofisticado y de forma impactante) para demostrar que Rusia es una moderna superpotencia militar de alcance mundial.

Los expertos rusos siguen debatiendo si las operaciones encubiertas de Rusia para el ejército de al-Asad o los más de seis mil ataques aéreos que ha lanzado han supuesto un cambio en la situación sobre el terreno.¹ Sea como sea, los esfuerzos de Moscú coordinados con los gobiernos de la región y los ataques selectivos sobre recursos claves de los grupos terroristas y rebeldes han logrado dos objetivos políticos importantes para Moscú.

Guerras por interposición y cooperación: un complejo equilibrio de poder

En primer lugar, han forzado a todos los actores implicados a contar con el Kremlin, al que ya no se puede «aislar». Algunos de ellos, como los Estados del Golfo y los grupos de la oposición siria, han criticado duramente a Moscú en público, pero continúan colaborando entre bambalinas a través de múltiples canales. Es muy probable que esta tendencia continúe, ya que Arabia Saudí se está convirtiendo en uno de los principales socios negociadores de Moscú en el Golfo (el presidente Putin se ha entrevistado con el príncipe Mohammad bin Salman bin Abdulaziz al-Saud varias veces en los últimos dos años). Los desacuerdos entre Riad y Moscú llevan muchos años acumulándose; Riad, por lo general, está descontenta con la lealtad de Rusia a los enemigos y adversarios saudíes, mientras que Moscú se siente frustrada por el apoyo saudí a los grupos islamistas radicales, incluidos aquellos implicados en ataques terroristas en territorio ruso. Sin embargo, la frecuencia de los contactos bilaterales muestra la intención mutua de lograr un *modus operandi* razonable en las relaciones bilaterales.²

Otros, como la Administración Obama, sin dejar de estar en desacuerdo con el papel del presidente Bashar al-Asad en el conflicto sirio, han cooperado con el Kremlin en asuntos técnicos sobre cuestiones de seguridad mutua. Por ejemplo, a pesar de que la relación entre Moscú y Washington sigue estando dominada por la

1 Vasily Kuznetsov (2015). «Russia in Syria: Obscure Solutions to Obscure Challenges, and the Risks Surrounding them» [en línea], Russian International Affairs Council (RIAC), 3 de noviembre de 2015, <http://russiancouncil.ru/en/inner/?id_4=6789#top-content>.

2 Para mayor información sobre el tema véase Maxim Suchkov (2016). «Contemporary Russia-Saudi Relations: Building a Bridge of Cooperation over the Abyss of Discrepancies», *Iran and the Caucasus*, vol. 20, n.º 2, pp. 237-251.

confrontación, ambas están implicadas de forma activa en la selección de los grupos que entrarán en la lista negra de terroristas y de los que podrán formar parte del futuro proceso político en Siria.

En segundo lugar, las acciones de Moscú han logrado modificar la imagen que algunas élites occidentales tenían de al-Asad, especialmente en contraste con la creciente amenaza del Estado Islámico (EI). Al mismo tiempo que las atrocidades de París y los tiroteos de California ayudaban a convertir al ISIS en el principal problema, las operaciones militares de Moscú en Siria posicionaban firmemente al Kremlin como líder de la campaña contra el ISIS. Parece haber quedado claro que incluir a Rusia resulta más beneficioso, tanto política como operativamente, que marginarla.

Todos estos avances, sin embargo, deben mantenerse. Actualmente, en la crisis de Siria hay unos 150 grupos sobre el terreno (a lo que hay que sumar los diferentes grados de influencia que tienen Moscú, Washington, Riad, Doha y Teherán sobre sus respectivos aliados), lo que hace que la implementación práctica de una transición política pueda resultar imposible. A pesar de todo, el propósito de Moscú de llevar el conflicto a la arena política lo antes posible parece real además de comprensible. Llevarlo a cabo por la vía militar es una empresa difícil y costosa políticamente, especialmente cuando se actúa en solitario.

Teherán y Bagdad, más allá de la retórica, son socios tácticos. Pocos creen seriamente que estén dispuestos a apoyar ninguna tarea que los rusos traigan a Siria. Es más, Moscú no parece en este momento dispuesta a asumir compromisos de seguridad a largo plazo en Siria, al menos no sin un beneficio claro. Tampoco quiere empantanarse en disputas regionales, aunque la situación en la que se encuentra ahora Rusia sugiera más bien lo contrario.

Moscú, a estas alturas, no busca una estrategia para una salida honrosa, sino más bien una que le permita salir victoriosa. Lo más probable es que el Kremlin intente lograr una transición política en Siria en la que Moscú se encuentre de igual a igual con Washington, y en la que se escuchen y se apliquen sus ideas. Si se mantiene el actual nivel de cooperación limitada entre Moscú y Washington y si el Kremlin no ve ningún factor que amenace con desequilibrar sus logros (como, por ejemplo, tropas extranjeras sobre el terreno), es muy probable que Rusia amplíe su cooperación, incluso en temas relacionados con la salida de al-Asad.

La naturaleza turbulenta del conflicto y de la región en general, sin embargo, deja mucho espacio para «tormentas» (riesgos imprevistos y evoluciones inesperadas en la región, o en cualquier otro lugar, que compliquen la estrategia de Rusia); como, por ejemplo, el enfrentamiento entre Irán y Arabia Saudí. La mayoría de los consejeros sobre Oriente Medio del Kremlin creen que el actual enfrentamiento entre Arabia Saudí e Irán es básicamente una enconada rivalidad regional reforzada por la división ideológica entre sunníes y chiíes, y no a la inversa. La ruptura de las relaciones diplomáticas no ha hecho sino institucionalizar la no aceptación y antagonismo mutuo que fundamentan, desde hace tiempo, las guerras por interposición en la región.

Rusia y los kurdos

En mayo de 2016, cuando Rusia y los Estados Unidos iniciaron negociaciones serias sobre cómo debería producirse el alto el fuego en Siria, Moscú insistió en que se incluyera a los kurdos en las conversaciones de paz de Ginebra. Washington y la oposición moderada siria compartían, en líneas generales, la idea, mientras que Ankara, comprensiblemente, se oponía.

Pero la posición rusa sobre los kurdos tiene más matices de lo que parece. En su relación con los kurdos, los responsables rusos se enfrentan a dos grandes narrativas que están creando un dilema.

Por un lado, algunos analistas y diplomáticos rusos creen que, debido al tamaño de la población kurda y al poder militar que han ejercido en Siria e Iraq, en algún momento habrá algún tipo de Estado kurdo en la región. Quienes comparten esta idea señalan que Oriente Medio está viviendo una enorme transformación. Los kurdos juegan un papel clave en las principales batallas contra el EI y otros grupos extremistas y pueden utilizar sus victorias para legitimar la reclamación de un Estado propio. En otras palabras, este grupo considera que Moscú debería estar preparado para abordar lo que los kurdos pueden ver como una oportunidad histórica.

Por otro lado, hay observadores más cautos, entre los que hay miembros del gobierno, que comprenden bien que una fragmentación drástica de la región provocaría inevitablemente profundas e imprevisibles consecuencias que podrían explotar en la cara de quienes las promuevan. Si algo así sucediera, las relaciones con los países afectados (Turquía, Iraq, Siria e Irán) también se deteriorarían. Los defensores de esta idea urgen al Kremlin a que se mantenga en su defensa de los Estados fuertes, garantes de la estabilidad en la región. Están convencidos de que Rusia debería apoyar acuerdos más sutiles como la autonomía. En su opinión, supondría un acuerdo adecuado entre los gobiernos centrales y los grupos minoritarios que exigen la independencia. Además, esta nueva visión para Oriente Medio debería incluir amplios poderes para las minorías nacionales, no solo para los kurdos sino también para los yazidíes, los cristianos, los drusos, etcétera.

En el caso de Siria, Rusia se ha servido de una mezcla de los dos enfoques. Ha planteado la federalización como una manera de mantener la unidad del país. El problema estaba en convencer al presidente sirio Bashar al-Asad. Los kurdos pueden ver, al igual que al-Asad, la federación como la antesala de su posterior independencia y de la virtual división del país. Teniendo todo esto en cuenta, en lugar de romper su compromiso con las fuerzas de al-Asad, Moscú por el contrario apoyó a los kurdos en su lucha contra el EI, sobre todo a través de sus canales con los kurdos iraquíes y proporcionándoles cobertura directa desde el aire. Esto se podría entender como una señal de que, aunque Moscú no promueve la federalización públicamente,³ está dispuesta a abrazar la idea plenamente. Creando estos contactos tanto con los kurdos sirios como con el gobierno central, Rusia está construyendo sus propios cimientos para lograr este cambio.

3 Alexander Shpunt (2016). «Federative Syria: Russia's Stakes» [en línea], *Topical Comments*, 18 de marzo de 2016, <<http://actualcomment.ru/federativnaya-siriya-rossiyskie-stavki-1603180850.html>>.

No es un patrón político nuevo para Moscú. En 2007, cuando Rusia abrió su consulado en Erbil, en el Kurdistán iraquí, los rusos se abstuvieron de entrar en varios lucrativos proyectos, para evitar irritar a Bagdad. Del mismo modo que, cuando en marzo suministraba armas y munición a los kurdos iraquíes,⁴ lo hacía en su mayor parte a través del gobierno central iraquí, para mostrar que no socavaba la integridad del Estado.

Desde la perspectiva rusa, Moscú y Washington no son rivales absolutos en su apoyo militar a los kurdos. Por el contrario, hay una «división de responsabilidades». El Kremlin está anticipando una posible lucha política por la influencia en el futuro. Pero cuando los Estados Unidos mostraron reparos por acercarse a los grupos kurdos de Siria, al rechazar el Departamento de Estado de los Estados Unidos «zonas de autogobierno, semiautónomas, dentro de Siria»,⁵ Moscú vio su oportunidad de ganar una ventaja inmediata en sus relaciones políticas con los grupos kurdos.

El segundo interés externo que tiene Moscú en su relación bilateral con los kurdos está relacionado con Turquía y se basa en tres consideraciones principales:

Moscú es consciente de que Ankara percibe la creación de una autonomía kurda siria como un peligroso precedente de regiones autónomas kurdas en otros lugares, lo que eventualmente podría unirlos en un Estado.

Los turcos ven a las Fuerzas Democráticas Sirias como un aliado del Partido de los Trabajadores del Kurdistán, por lo que incluso una autonomía fuerte, limitada únicamente a Siria, ayudaría, política y militarmente, a los kurdos en Turquía.

La autonomía acabaría con el plan turco de tomar control del norte de Siria para crear una zona neutral entre los enclaves kurdos de Siria y los de Turquía. Poderosos grupos kurdos de ambos países han presionado a Moscú sobre esta idea. Entre otoño de 2015 y verano de 2016, cuando las relaciones entre Rusia y Turquía estaban en su punto más bajo, esto suponía una potencial medida de presión para Moscú.

Aunque Moscú ha expresado un sincero interés en la cuestión kurda, hasta ahora ha sido muy cautelosa a la hora de ofrecer apoyo real. Esto se debe en parte a la historia kurda de conflictos internos y enfoques diversos para lograr los objetivos. También ha habido momentos en los que algunos grupos han expresado actitudes poco amistosas hacia Moscú.

Rusia y Turquía: el tortuoso camino hacia la reconciliación

El primer encuentro entre el presidente turco Recep Tayyip Erdoğan y el presidente ruso Vladimir Putin, tras el derribo del caza ruso en noviembre de 2015, provocó algunos cambios en la política rusa en la región, aunque estos estuvieron motivados en gran parte, al menos para el bando ruso, por factores que iban mucho más allá de las relaciones de la región.

4 Nikolay Litovkin (2016). «Russia Delivers First Weapons Supplies to Iraqi Kurds» [en línea], *Russia Beyond the Headlines*, 18 de marzo de 2016, <http://rbth.com/defence/2016/03/18/russia-delivers-first-weapons-supplies-to-iraqi-kurds_576809>.

5 David Alexander y G. Crosse (2016). «U. S. Rejects Self-Governed Zones in Syria after Kurdish Autonomy Vote» [en línea], Reuters, 17 de marzo de 2016, <<http://news.trust.org/item/20160317185456-t10q1>>.

Fyodor Lukyanov, un importante comentarista político, definió perfectamente el motivo subyacente de la entrevista entre Erdoğan y Putin cuando dijo:

[Rusia y Turquía] son dos grandes poderes, con estrechos lazos históricos, culturales y geográficos con Europa, que nunca han sido reconocidos como «nuestros chicos» en la región. Tras la Guerra Fría, los dos fueron «abandonados» por el proyecto de la «Gran Europa». Paradójicamente, fueron Putin y Erdoğan quienes, en las primeras etapas de sus gobiernos, invirtieron más esfuerzos para «cuadrar en el proyecto». Por lo que ambos tienen trayectorias parecidas de decepción.⁶

Habría que añadir que, durante más de nueve meses, los dos líderes han experimentado una decepción parecida el uno con el otro. Esa es la razón por la que, una vez que se tomó la decisión política de «normalizar» las relaciones, Moscú y Ankara mantuvieron una retórica «diplomáticamente neutral» sobre los agravios del pasado.

Yendo al grano, las conversaciones se centraron en dos temas: uno estaba relacionado con áreas donde la cooperación podría incrementarse, lo que de hecho resultó tener bastante éxito. Pero el paquete de temas problemáticos obtuvo resultados más modestos. Erdoğan, en una entrevista a un medio ruso previa a su encuentro con Putin, resumió sus tres principios claves en el problema sirio. En primer lugar, dijo que Rusia «es un actor clave en la solución siria», así como que Turquía está buscando maneras de involucrar su potencial. Por último, Erdoğan definió como «enfoque erróneo» el incluir al Frente al-Nusra en la lista de organizaciones terroristas y no hacer lo mismo con las Fuerzas Democráticas Sirias. «Si luchar [contra el EI] es el criterio que define a un grupo aliado, entonces el Frente al-Nusra no debería ser considerado un grupo terrorista», dijo.⁷

Esto obviamente no sentó bien a Moscú, que se opone vehementemente a los combatientes islámicos radicales, lo que puso muy difícil que los dos presidentes encontraran un lugar común. A pesar de todo, Rusia y Turquía acordaron una mayor coordinación militar y de inteligencia en Siria, probablemente para evitar otro incidente como el del caza derribado. Aunque no se puede considerar un gran éxito, es en sí mismo un avance interesante.

A partir de ahora la relación ya no se basaría en una «amistad entre hombres» (Putin y Erdoğan), sino más bien sobre la base más sólida de lo que algunos dentro del Kremlin llaman «oportunismo constructivo». De esta manera, las respectivas políticas se construirán sobre «oportunidades *ad hoc*», en lugar de sobre las ambiciones de los dos líderes autoritarios. Pero para que esto suceda tendrán que converger demasiados asuntos diferentes, a menudo opuestos. Esto conlleva grandes riesgos tanto para Rusia como para Turquía, pero lo convierte a su vez en un espectáculo muy interesante.

6 Fyodor Lukyanov (2016). «Politics Here and Now» [en línea], *Russian in Global Affairs*, 29 de julio de 2016, <<http://www.globalaffairs.ru/redecol/Politika-zdes-i-seichas-18301>>.

7 TASS Russian News Agency (2016). [en línea], *Entrevista al Presidente de Turquía, Recep Tayyip Erdoğan*, 8 de agosto de 2016, <<https://www.youtube.com/watch?v=U26jC3TrLy0>>.

Acuerdos bilaterales rusos con los Estados de la región

A nivel bilateral, Irán seguirá siendo una contraparte esencial para Moscú tanto en la guerra en Siria como en el acuerdo de paz que la siga, por más que los intereses de los dos Estados difieran. Tampoco comparten intereses comunes en el resto de Oriente Medio, por lo que su cooperación continuará siendo importante aunque limitada a cuestiones de seguridad. Moscú y Teherán siguen siendo adversarios a la fuerza y aliados pragmáticos.

Es muy probable que Moscú intente restablecer sus vínculos con Egipto, un país con el que ha intentado tener una colaboración regional especial desde la eliminación de los Hermanos Musulmanes. Las relaciones con Egipto se enfriaron después de la explosión del avión ruso sobre la península del Sinaí. Moscú y El Cairo no se pusieron de acuerdo sobre la naturaleza del accidente, Egipto insistió en que no se trataba de un ataque terrorista y Moscú suspendió de forma unilateral el turismo ruso al país, paralizando así lo que estaba siendo una colaboración económica y militar en rápido desarrollo. A pesar de todo, Egipto sigue siendo un importante actor en la región en el radar ruso, y Moscú espera obtener su apoyo para sus iniciativas en la región. Egipto sobre todo encaja dentro de otro objetivo fundamental de la diplomacia rusa para el año que viene: el de reparar su imagen entre los Estados sunníes. Desde que comenzó su campaña en Siria, se ha extendido en la región una imagen de Rusia como país prochií. Esto ha limitado seriamente muchas opciones políticas para Moscú y el Kremlin tiene la sensación de que necesita revertir esta tendencia. Consecuentemente, proyectar el poder blando se convertirá en una de las facetas más importantes en Oriente Medio.

Israel puede ser otro asunto que Moscú explore de forma cautelosa. Durante este año, las conversaciones entre Israel y los Territorios Palestinos han ido perdiendo funcionalidad. Moscú podría mostrar una mayor actividad diplomática si considera que tiene ideas que impulsar y percibe apoyo para hacerlo. Pero Moscú ve a Israel dentro de un contexto más amplio, como un país con importantes capacidades militares y de inteligencia. Lo más probable es que colabore con los israelíes en temas de la agenda de seguridad de la región, principalmente en la cooperación con los grupos radicales sunníes y en la paz en Siria, al tiempo que mantiene sus contactos en un plano discreto.

A finales de 2015 el Kremlin preveía y temía que 2016 trajera nuevas crisis políticas en Yemen, el Líbano, Libia e Iraq. Por su parte, Moscú seguirá promoviendo su ambiciosa visión de Oriente Medio como una región con una estructura de seguridad coherente que le permita resolver sus propios retos internos y evitar que surjan amenazas en la región, incluida Asia central y el Cáucaso. El patrón del actual conflicto en la región hace que sea mucho más difícil promover esta visión, por no hablar de su implementación. La operación rusa en Siria sobrepasa claramente los objetivos regionales de este país y tiene más que ver con establecer los límites de lo que el Kremlin considera una lucha por conformar el orden mundial.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Maxim A. Suchkov es experto del Consejo de Asuntos Internacionales Ruso (RSMD, por sus siglas en ruso) y columnista para «Russia Pulse» de *Al-Monitor*. Ha sido profesor invitado por la Comisión Fulbright en el Centro de Estudios Euroasiáticos, Rusos y de Europa del Este de la Universidad de Georgetown, así como profesor invitado de la Universidad de Nueva York. Es autor de ensayos sobre política exterior rusa en el Cáucaso y en Oriente Medio.

RESUMEN

Rusia se ha convertido en los últimos dos años en uno de los actores claves en Oriente Medio, para beneficio de algunos y desagrado de otros. La decisión de Moscú, en otoño de 2015, de intervenir en Siria cambió la trayectoria de la guerra y ayudó a crear las condiciones necesarias para posteriores transformaciones políticas. Sin embargo, el año 2016 ha dejado patente que la política exterior de Rusia en la región tiene demasiados retos. Este artículo examina las cuestiones que Rusia debería abordar, al tiempo que examina la naturaleza de las relaciones de Moscú con los diferentes poderes regionales.

PALABRAS CLAVE

Rusia, Oriente Medio, política exterior, Estados Unidos, Siria.

ABSTRACT

In the past two years Russia has become one of the key players in the Middle East, to the benefit of some and the displeasure of others. Moscow's decision to intervene in Syria in the autumn of 2015 changed the course of the war and helped create the conditions necessary for subsequent political change. However, the year 2016 has made it clear that Russia's foreign policy in the region faces many challenges. This paper examines the issues which Russia must address, while also examining the nature of Moscow's relationship with the various regional powers.

KEYWORDS

Russia, Middle East, foreign policy, United States, Syria.

الملخص

لقد تحولت روسيا في السنتين الأخيرتين إلى واحد من اللاعبين الرئيسيين في منطقة الشرق الأوسط، و هو الأمر الذي بقدر ما يفيد البعض فإنه يغيظ البعض الآخر. فقد غير مسار الحرب قراراً موسكو، في خريف 2015، بالتدخل في سوريا، و ساعد على خلق الشروط الضرورية من أجل تحولات سياسية لاحقة. لكن سنة 2016 أظهرت بشكل جلي بأن السياسة الخارجية الروسية تواجه تحديات كبيرة في المنطقة. و يتطرق هذا المقال للقضايا التي يتعين على روسيا معالجتها، و إلى طبيعة العلاقات التي تربطها بمختلف القوى الإقليمية.

الكلمات المفتاحية

روسيا، الشرق الأوسط، السياسة الخارجية، الولايات المتحدة الأمريكية، سوريا.